

**RECUERDOS DE
DON DOMINGO FLETCHER VALLS (IV)
LOS AÑOS CUARENTA**

Luis Silgo Gauche

Finalizada su etapa universitaria por los motivos dichos, los años siguientes trabajó Fletcher en la empresa de alcoholes y ultramarinos donde había trabajado su padre. Realizó sus trabajos con eficacia y, según nos dijo, llegó a saber mucho de alcoholes. En estos años acudía por la mañana al trabajo y, aunque le venía mal, iba al museo a la una, trabajaba de nuevo por la tarde y estudiaba en las horas de la noche. Además, desde el 26 de Marzo de 1945 hasta 1953 fue secretario de la Sección de Prehistoria del Consejo Superior de Investigaciones Científicas en Valencia, y también desde 1945 profesor de clases prácticas de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Literaria de Valencia.

Como recompensa a sus méritos fue nombrado en 1948 director de número del Centro de Cultura Valenciano, y firme desde el 3 de Mayo de 1949.

No abandona por estos años su deseo de mejorar profesionalmente y continuar su obra arqueológica: prepara oposiciones al museo de Cádiz, a una cátedra de instituto en Gandía, trabaja infatigablemente robándole horas a la noche.

En el *Archivo de Prehistoria Levantina* II de 1946 publica Don Domingo el monumento de Monforte del Cid: El artículo se refería a una construcción megalítica aparecida en el término de “El Secano” (Monforte del Cid, Alicante), de la que un estudiante, Salvador Esplá, había dado cuenta al S.I.P.

en 1935. Don Isidro envió a Fletcher, quien la reconoció, encargándose Jordá de levantar los planos.

Las excavaciones se iniciaron en 1941, realizándose una primera campaña que no fue suficiente para dejar al descubierto totalmente la construcción.

En el trabajo se daban cuenta de los resultados de aquella primera campaña: el edificio se hallaba en la orilla izquierda del río Vinalopó, a unos trescientos metros de la carretera de Aspe a Monforte y a unos ocho metros y medio del cauce del Vinalopó, seco, habiendo una pendiente de la construcción al río con un desnivel de metro y medio. En el pasado los restos habían sido sepultados en una compacta tierra de aluvión, y fue posible descubrirla gracias a un corrimiento de tierras, que originó un túnel por donde era posible ver los sustentáculos y arquivates.

En la parte izquierda del edificio había gran número de bloques caídos, lo que hacía suponer que allí habría otras construcciones, y en las partes alta y baja de la orilla había atisbos de alineamientos de piedras hincadas, que no pudieron datarse.

La construcción en sí misma presentaba una parte frontal formada por dos grandes arquivates: el de la derecha de 1'81 metros de longitud por 0'30 de altura y 0'45 de espesor, y el de la izquierda de 1'40 metros de longitud por las mismas medidas de altura y espesor. Tales arquivates se sostenían por la derecha en una gran losa que hacía de pared, de casi un metro de altura, más de medio de ancho y 20 centímetros de espesor. La altura de la losa no había resultado suficiente y por ello se apoyaba en una cimentación de piedras, pero por el mucho peso que debía sostener se había inclinado fuertemente a la izquierda. En el centro había una verdadera columna, con un fuste de 90 centímetros de altura, que se estrechaba hacia la base, y una especie de capitel trabajado rudimentariamente. La excavación puso al descubierto el apoyo de la izquierda, que era una columna formada por grandes bloques de distinto tamaño superpuestos, hasta la altura de un metro y tres centímetros. El peso había deformado la columna, pero se apoyaba por atrás en una gran losa groseramente desbastada.

Sobre los arquivates había cantos rodados y bloques, alguno de gran tamaño, restos de la fachada del edificio.

La planta del mismo era cuadrada, dividida en dos cámaras por un muro que partía de la columna de la parte central y estaba constituido por

tres grandes losas y un gran bloque de forma redondeada. Otras losas estaban caídas de través sobre este muro. La construcción cerraba por atrás por un muro paralelo a la fachada, que presentaba una repisa en la segunda cámara y un nicho en la primera. Las medidas del edificio eran en total cuatro metros de longitud de la fachada, dos metros de altura de la fachada y uno y cuarto la de las cámaras, cuya profundidad fue de dos metros y sesenta y cinco centímetros.

La losa del muro de la derecha llevaba un dibujo grabado en la cara recayente a la cámara, estando también grabadas las caras de dos de las losas de la pared medianera que miraban a la misma cámara.

Desgraciadamente los hallazgos que permitieran datar la construcción fueron casi nulos: una pila de piedra de forma rectangular, un sílex y una contera de ánfora romana. Por los campos circundantes había numerosos fragmentos diminutos de cerámica ibérica, campaniense y sigillata.

Hace unos años (ahora 2012) Rafael Ramos, el célebre arqueólogo de la La Alcudia de Elche, en cuyo museo se encuentra ahora la construcción, nos dijo que en su opinión era un refugio de pastores, y una de las piedras de sustentación un molino romano reutilizado.

En el verano de 1944, junto a San Valero, fue delegado por Santa-Olalla para iniciar las excavaciones del poblado ibérico del Cabezo del Tío Pío en Archena (Murcia). De Archena se citaban desde antiguo unos interesantes vasos ibéricos ricamente decorados, de una temática semejante a la de La Alcudia de Elche, y otros hallazgos. La campaña estaba pensada para ser la guía de sucesivas excavaciones pero con la siguiente resultarían ser las dos únicas practicadas en el poblado. Don Domingo recordaría las penosas subidas hasta la cima del monte, y el paisaje desértico cruzado solamente por la línea verde y plateada del río.

En la excavación se abrieron tres catas en diferentes zonas del Cabezo. En la vertiente meridional se excavaron siete compartimentos con importantes materiales. Uno de ellos contenía 12 ánforas, algunas enteras, tal como habían sido dejadas apiladas en su época, conteniendo residuos de vino, junto a cerámica ibérica y romana. También se hallaron caracoles y los excavadores la llamaron “la taberna”. En la vertiente Noroeste se excavaron otros tres compartimentos con cerámica ibérica y algo de romana. También fue objeto de atención la necrópolis, todavía no expoliada, de la que se desenterraron cuatro tumbas y una acumulación de cenizas hallándose una falcata completa y restos de otra y cerámica helenística de barniz negro.

En la acrópolis se excavó un gran departamento rectangular de 6 por 4 metros, el cual presentaba dos niveles bien distintos. El superior terminaba a 1'15 metros de profundidad y contenía una fíbula, conteras de ánforas y abundante cerámica ibérica y romana, sin la cerámica "terra sigillata" propia de los tiempos posteriores del Imperio Romano. A la citada profundidad aparecieron por debajo de los muros del primer nivel y con distinta orientación otros dos, que se denominaron E y G. Fletcher, en la publicación del yacimiento, relataba que:

"En el ángulo formado por E y G, ambos, como ya hemos dicho, correspondientes al nivel inferior de la excavación, y esquinada con respecto a ello, formando el tercer lado de un triángulo, se descubrió una losa de unos sesenta centímetros de anchura, un metro de longitud y doce centímetros de espesor, con los cuatro ángulos redondeados ex profeso. Descansando directamente sobre esta losa encontramos unos restos humanos sin ajuar alguno, aunque en sus proximidades aparecieron fragmentos de cerámica ibérica con decoración de tema geométrico"

"Parte de la mencionada losa estaba debajo del muro G, de tal manera que para sacarla y sacar parte del esqueleto se tuvo que destrozar una porción del muro"

Los restos, en posición de decúbito supino, estaban en lamentable estado de conservación, pero la longitud de la losa hizo suponer que se trataba de un individuo de poca edad o corta estatura.

Dado que el enterramiento se hallaba a dos metros y quince centímetros de profundidad, debajo y oblicuo al muro A del nivel superior y a un metro bajo sus cimientos, y debajo también del muro G, se descartó que el enterramiento fuese posterior a la construcción de los muros del nivel inferior ni tampoco más antiguo, y también se descartó que fuese un enterramiento de la Edad del Bronce, por sus características.

Quedó así planteada la cuestión al término de la primera campaña, pero cuando las excavaciones se reanudaron el verano siguiente, los arqueólogos se encontraron con que "la incuria mental de unos 'buscadores de tesoros' destrozó bárbaramente este sector (de la excavación) y la losa dejada in situ para el estudio del emplazamiento".

No fue posible, pues, resolver las múltiples preguntas que presentaba el hallazgo. Únicamente Fletcher adujo que:

"Provisionalmente, pues, y hasta que nuevas aportaciones resuelvan este problema, consideramos este enterramiento como algo relacionado con la

construcción de los niveles inferiores, tal vez sacrificio previo fundacional a la construcción de un edificio, templo quizás, de importancia, no sólo por su amplitud, sino por su emplazamiento en la parte más elevada de la meseta y al pie de los riscos que forman la atalaya del cerro”.

El hallazgo era excepcional, pues no se conocían precedentes de enterramientos de adultos en poblados ibéricos (sí en los de la Edad del Bronce), lo que de hecho reforzaba la hipótesis de un sacrificio. Tampoco las fuentes clásicas mencionaban estos ritos, aunque Fletcher indicaba como posibles paralelos los restos encontrados en el basamento de un puente de Londres, y también en Irlanda, en Transilvania durante la cultura de Michelsberg y otros.

El enterramiento fue publicado en “Un posible sacrificio fundacional en la ciudad ibérica de Archena”, *Cuadernos de Historia Primitiva* II, núm. 1, págs. 40-45, Madrid, 1947.

De los materiales de Archena, los de la primera campaña se llevaron al Museo de Murcia, y allí permanecieron en los almacenes infinidad de años. Los de la segunda campaña Santa Olalla dijo que se dejasen en casa de un vecino. Al cabo del tiempo este vecino murió, los herederos hicieron reformas y tiraron los cajones al río Segura.

El 28 de junio de 1945 se nombró a Fletcher secretario de publicaciones de la Sección de Prehistoria (del SIP) con sueldo de 4.000 pesetas anuales, según anotación a mano de D. Domingo en *La labor del SIP y su Museo* correspondiente a 1953.

En 1946 se publicaba el segundo volumen del *Archivo de Prehistoria Levantina*. La causa de su inusual grosor y de no haberse publicado desde 1928 residía en que al advenimiento de la República la consignación de la Diputación Provincial al S.I.P. se redujo de 30.000 a 5.000 pesetas, lo que paralizó la edición del volumen ya en preparación. Para solucionar el problema se decidió ampliar las notas que se publicaban en las memorias de “La labor del S.I.P.”, si bien como esto no resultaba lo más adecuado para dar a conocer los trabajos monográficamente se crearon los “Trabajos Varios” a los que ya hemos hecho referencia. Desde 1939 la consignación aumentó a 25.000 pesetas, incluyéndose en plantilla al director y al capataz-restaurador Salvador Espí desde 1942. En 1946 la consignación se elevó a 40.000 pesetas, se fijó una importante consignación para publicaciones, se creó la plaza de ayudante-reconstructor y se fijaron sueldos más decorosos, lo que hizo posible la reanudación del conocido familiarmente como “anuario”, que lo era cada cinco o seis años.

En aquel volumen publicó Domingo Fletcher dos notas y un artículo. Una de las notas era una reseña sobre la conferencia que con el título de “Los santuarios célticos del Mediodía de la Galia” había pronunciado el arqueólogo francés R. Lantier, en el Colegio francés, y en la que el conferenciante había insistido en el simbolismo de la estatuaria y relieves de los santuarios galos, como las cabezas-trofeo de las localidades de Roquepertuse y Entremont; los cazadores que llevan su caza simbólica de liebres bajo la mirada de la divinidad en las placas decorativas de Orgon; las estatuas de Touguet y Euffigueix; el busto femenino, con una liebre, también de Entremont; los caballos y jinetes de Mouriès; el pájaro fantástico de Roquepertuse. Toda una iconografía que dejaba entrever las creencias de ultratumba de aquella civilización, a fin de cuentas mediterránea.

La otra nota estaba redactada en Madrid y era el estudio de los restos arqueológicos depositados por el arqueólogo ochocentista valenciano Vilanova y Piera en el Museo de Antropología de Madrid, que Fletcher había podido ver. Había materiales de 22 localidades, entre ellas yacimientos que se harían famosos, como la Cova Negra de Játiva y la del Parpalló, 15 hachas de piedra pulimentada, 1 hacha de cobre, huesos humanos y animales, etc.

El artículo trataba sobre la construcción megalítica de Monforte del Cid. En éste Fletcher llegaba a la conclusión que el edificio había sido levantado cuando por el Vinalopó circulaba un abundante caudal de agua, suficiente para sepultar las estructuras bajo un manto de arcillas endurecidas de más de siete metros de anchura desde el cauce del río y casi tres metros de espesor. Teniendo en cuenta así mismo que en la cimentación y debajo del piso no aparecía cerámica ibérica ni romana, debió levantarse así mismo en una época preibérica. Estudiando los grabados, estos ofrecían representaciones rupestres esquemáticas. Por último, la técnica constructiva recordaba el edificio funerario ibérico de “Els Espleters” de Salsadella, pero las semejanzas, extraordinarias, lo eran con construcciones baleáricas, como Benimaymut (en Alayor), la cueva artificial “dels Antigors” (Salinas de Santanyi), Son Saura Nou (Ciudadela) y, sobre todo, la “Torre d’En Gahumés” (Alayor).

El enigmático edificio, para Fletcher, presentaba unas técnicas tan parecidas a las baleáricas, que incitaba a buscarlas un mismo origen. En este sentido ya se habían pronunciado por una comunidad de poblamiento entre la costa alicantina y el archipiélago autores como Berthelot, Martín Almagro Basch (“Introducción a la Arqueología”, 1941, p. 361ss.), Santa-Olalla (*Atlantis* XIV, p. 5), insinuando García y Bellido (*Emerita* III, 2, 1935, p. 225) la posibilidad de una expansión de la cultura talayótica desde la Península. Según Fletcher, si bien tal hipótesis no era imposible, parecía más conveniente

y aceptado que la construcción alicantina fuese el reflejo de un fenómeno cultural propio de la cuenca del Mediterráneo, con manifestaciones en el Norte de África, Cerdeña, Malta, etc., y ahora en la propia Península Ibérica.

Después de 1941 el monumento fue acabado de excavar por Rafael Ramos Folqués, que lo trasladó al Museo de La Alcudia de Elche, pero la reconstrucción no coincide con las fotografías antiguas. Ramos consideró que se trataba de una construcción romana, pero Don Domingo nos indicó muchos años después que los escasos fragmentos de cerámica hallados eran de aluvión. Queda consignada la opinión de Rafael Ramos Fernández.

Don Domingo se encargó también de cierto número de recensiones en el APL II de las que damos cuenta a continuación:

– Julio Martínez Santa Olalla, “Esquema Paleontológico de la Península Hispánica”. *Corona de Estudios que la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria dedica a sus mártires*, tomo I, pág. 141, Madrid, 1941. Aquí Fletcher señalaba que desde hacía más de diez años venía realizando el Profesor Martínez Santa Olalla la ingente labor de revisar nuestra arqueología prehistórica apuntando ya en algunas de sus publicaciones anteriores a 1936 nuevas soluciones y encuadramientos culturales y cronológicos, dando una primera visión de conjunto en la conferencia pronunciada el 14 de Febrero de 1940 en la Sociedad Española de Antropología, Etnografía y Prehistoria de Madrid, en la que revisó todos los problemas fundamentales de nuestra prehistoria, los cuales ampliaba y concretaba en el presente trabajo escrito con anterioridad a su citada conferencia, pero que por diversas causas había visto la luz en 1941.

“Cuatro son los motivos, según el autor, por los que debe efectuarse una revisión: 1º) Lo insostenible de las viejas cronologías; 2º) Hundimiento del mito africano; 3º) Carácter prefigurador de Europa en la avanzada Edad del Bronce, y 4º) Necesidad de una autopsia de la Edad del Hierro Hispánica, con una revalorización de lo céltico, y de lo púnico como revalorización de lo helenizante”.

En las nomenclaturas propugnaba por simplificar denominaciones y clasificaciones, y así reduce los períodos a:

Arqueolítico o paleolítico inferior.
 Paleolítico o paleolítico superior.
 Neolítico Antiguo o Mesolítico.
 Neolítico Reciente.

Edad del Bronce, con dos ciclos, Mediterráneo y el Atlántico, y Edad del Hierro, céltica e ibérica.

“En el Arqueolítico – decía Fletcher - señala el a[utor]. las técnicas de lascas y bifaces, apareciendo en el Manzanares los restos más antiguos, pero es difícilísimo su estudio por no aparecer “in situ”, debiendo clasificarse en gran parte a base de talla y pátina, elementos poco sólidos, frecuentemente, para sentar conclusiones, como lo demuestran las constantes reclasificaciones de los hallazgos madrileños. Martínez Santa Olalla simplifica la cuestión haciendo convivir lascas y bifaces que evolucionan a través de todo el Arqueolítico, el cual finalizaría con la llamada cultura “Matritense”, conjunto musteriforme al que se unen elementos arqueológicos de toda clase. No dudamos que muchos de los problemas que plantean los materiales del Manzanares, sin estratigrafía cierta, serán resueltos por las excavaciones de nuestra CUEVA NEGRA, en vía de estudio actualmente y de cuyo resultado se da un avance en otro lugar del presente Anuario”.

“El Paleolítico Superior o simplemente Paleolítico (cronológicamente del 30.000 al 8.000 a. J. C.), comprende las tres clásicas culturas [Auriñaciense, Solutrense y Magdaleniense], a las cuales se les postula origen europeo, aunque referente al origen del solutrense ya señaló el a. la existencia de dicha técnica en el N. de África, en su precitada conferencia y en otras dadas en el extranjero”.

“Encuadrados en el “Neolítico Antiguo” (8.000 al 3.500), aparecen el Aziliense (8.000/ 6.800) que sucede inmediatamente al magdaleniense, el Tardenoisense (6.800/ 5.000) con su más característica representación en Mugem, el Asturiense (5.000/ 3.500) que hay que considerar como técnica de hachas y que convive con el tardenoisense final que perdurará hasta el Bronce. En este Neolítico Antiguo, y como debido a una cultura microlítica de facies tardenoisense, es donde hay que situar el arte impresionista levantino, que llega a la Edad del Bronce. Con la creación del Neolítico Antiguo desaparece el vacío que antes se llenaba en nuestra Prehistoria con un arte esquemático. Según el a., este arte levantino refleja un estado social de cazadores a quienes el pastoreo y ganadería no eran desconocidos y que por su inferioridad social se ven arrinconados a las zonas montañosas en el Neolítico Reciente, en el que se introducen la agricultura y los metales”.

“En el “Neolítico Reciente” (3.500/ 2.000) hay influencia progresiva del oriente mediterráneo y de Egipto a través de África del N. Hacia el 3.000, una cultura con cerámica decorada con estampillados de conchas [la cardial], ocupa toda la península y tiene componentes marcadamente africanos que forman

una base pastoral que no excluye cierta rudimentaria agricultura; esta cultura es denominada por el a. “Hispano-Mauritana”. Aproximadamente hacia el 2.500 aparece otro conjunto cultural con organización matriarcal y agricultura; conoce el metal y es autor de las construcciones megalíticas; ofrece paralelismos con el neolítico sahariano y ocupa al fin del Neolítico Reciente, toda la península; es la cultura denominada “Ibero-Sahariana” por Martínez Santa Olalla. Con estos dos conjuntos, el hispano-mauritano (pastoral y ganadero) y el ibero-sahariano (agricultor), reconstruye el a. nuestro neolítico, sustituyendo las cuatro tradicionales culturas, la de las cuevas por la hispano-mauritana; la de Almería por la ibero-sahariana, y en cuanto a la portuguesa y pirenaica son consideradas como meras ficciones. Así se hacen innecesarios los constantes trasiegos culturales y étnicos que para este momento se consignaban”.

“Con la identificación de estas dos culturas, hacia el 2.000, comienza el Bronce español, momento en que se lleva por toda Europa el vaso campaniforme que es síntesis de ambas. Hacia 1.700 aparece como característico el sepulcro de cúpula y galería cubierta, vaso campaniforme y un conjunto cultural, todo con caracteres mediterráneos orientales, denominándolo el a. “Bronce I Mediterráneo”, el cual, al desaparecer el elemento hispano-mauritano, producirá, del 1.500 al 1.200, un segundo momento equivalente a la llamada cultura argárica, extendiéndose por toda la península y no produciendo más que tipos que ya teníamos en el neolítico reciente y comienzos del Bronce. Los megalitos quedan reducidos a cistas y se benefician intensamente los yacimientos argentíferos”.

“Como explicación a los elementos del Bronce europeo, conocidos en mayor escala en las zonas N.W. y Centro, Martínez Santa Olalla sitúa a partir del 1.200 un “Bronce Atlántico I” relacionado con el mundo germánico, llegando las influencias por vía terrestre y marítima: hay hachas de talón, con la típica creación española, la “palstave” con asas. El desequilibrio del Bronce ilirio se traduce en una invasión que entra por los Pirineos, primera invasión indoeuropea que se fecharía hacia el 1.000 y que se renueva hacia el 850. El “Bronce Atlántico II” se extiende del 900 al 650, produciéndose hacia el 850 la máxima oleada indoeuropea con los túmulos mezclados con elementos de las urnas, que entra por el occidente y centro de la los Pirineos. Tras la oleada de los túmulos viene la de las urnas que penetra por los pasos orientales del Pirineo, admitiendo el a. que con estas invasiones es posible llegaran elementos ligures, revalorizando así antiguas opiniones. Grupos de los túmulos se asientan en Castilla y Aragón y grupos de las urnas en Cataluña. Los primeros tienen tipos cerámicos que recuerdan los lusitanos y los segundos tienen su correlación con las urnas suizas del Hallstatt B, luego las españolas han de ser coetáneas y posteriores. El grupo catalán es, tal vez, más reciente que el occidental”.

“Hacia el 650 comienza nuestra Edad del Hierro, comprendiendo dos momentos, el I del 650 al 350, y el II del 350 al Nacimiento de Cristo, subdividiéndose a su vez en dos ramas: la céltica y la ibérica. El “Hierro Céltico I” desarróllase en La Meseta y puede considerarse como su característica el puñal de antenas; tiene cerámica decorada en relieve (elemento este casi permanente desde la cultura hispano-mauritana), decora sus hierros con nielados y tiene riquísima orfebrería. El “Hierro I iberizante” se caracteriza porque en un ambiente fundamentalmente céltico recibe elementos mediterráneos. No puede hablarse de cultura ibérica en la Edad del Hierro I, dice Martínez Santa Olalla y sí sólo iberizante o sea clasicizante del Hierro céltico. En el “Hierro II ibérico” compréndese subperíodos, el primero (desde el 350 a la conquista romana) con cerámica pintada geométrica a la manera púnica, iniciándose hacia fines del período la escultura en piedra [hoy se admite que la escultura en piedra es antigua, alrededor del siglo V a.C., L. S. G. 2012]; en el segundo (de la conquista romana a Augusto) se da el momento de apogeo de la cultura ibérica, la mayor parte de la escultura, vasos bellamente decorados con figuras humanas y zoomorfas, separándose con ello de las clasificaciones tradicionales para la cultura ibérica. El “Hierro céltico II” se desarrolla a base de pervivencias de la cultura Hallstättica retardada y con la llegada de los britones, hacia el 250, entran nuevos elementos correspondientes a La Tene B. Este “Hierro céltico II” puede subdividirse en varios períodos a su vez: del 350 al 250; del 250 al 133; del 133 al Nacimiento de Cristo y del Nacimiento de Cristo a los Flavios”.

“El trabajo que hemos reseñado – decía Fletcher -, como indica el autor, es un Esquema y por tanto en él no se profundiza en los problemas expuestos. Es sólo un armazón sobre el que construir, con nuevas concepciones, el edificio de nuestra prehistoria. Algunos puntos nos hubiera gustado ver más ampliamente tratados, así las cuestiones de los niveles del Parpalló, tan fundamentales para nuestro paleolítico. Sin embargo, creemos que en algunas cuestiones se ha logrado un verdadero y fundamental avance; por ejemplo, en la visión del neolítico, aunque en otras, como la cuestión ibérica, nos parece que todavía faltan elementos para poder negar una cultura y etnia mediterráneas frente a los otros grupos europeoides colindantes. En las cronologías celebramos ver como el autor se aparta de las tradicionales fechas altas, tanto para el Neolítico y Bronce como para el Hierro, en el que sitúa, en momento avanzado, la floración cultural ibérica, reforzando la tesis de las fechas bajas para la cerámica ibérica”.

[No hay duda de que el “Esquema” presentaba considerables avances sobre la *Etnología de la Península Ibérica* de Bosch Gimpera, de 1932. Ante todo se eliminaba el edificio de gentes que trasegaban, evolucionaban o se

mantendían a través de diversas fases culturales, con todo, tal obra no tuvo una gran repercusión, en parte porque los continuos descubrimientos que se sucedieron estos años construyeron por sí mismos, o confirmaron, los principales momentos de la cultura prehistórica europea y peninsular establecidas por los arqueólogos franceses: Paleolítico Inferior, Musteriense, Paleolítico Superior con sus distintas fases, Neolítico, Eneolítico, Edad del Bronce y del Hierro L.S.G.].

- - A. García y Bellido.- *La Dama de Elche y el conjunto de piezas arqueológicas reintegradas en España en 1941*, Madrid, 1943. Deseoso de congraciarse con Franco, el régimen francés de Vichy había hecho una auténtica reparación a la arqueología española devolviendo objetos emblemáticos a cambio de unos cuantos de tipo simbólico. Esos objetos eran joyas de la protohistoria peninsular que Don Domingo resume de la siguiente manera. “Una completa monografía sobre las valiosas piezas vueltas a nuestra Patria, analizadas una a una, en sí y en sus relaciones con otros materiales de nuestra arqueología, ha llevado a cabo el eminente Profesor de la Universidad de Madrid, Dr. García y Bellido”.

“Del total de los 37 objetos reintegrados en España, siete son de tierras valencianas, lo que acrecienta para nosotros el interés del libro”.

“Después de un breve preámbulo, en el que relata sucintamente el proceso seguido hasta la consecución del intercambio entre el Museo del Louvre y nuestro Arqueológico Nacional, comienza su estudio por la más preciada joya de nuestro arte antiguo. La Dama de Elche, dando un relato minucioso sobre las circunstancias de su hallazgo y expatriación y las posteriores excavaciones que se han realizado en la zona de su invención; descrito el busto en todos sus detalles, hace el estudio del rostro, tocado, collares, fíbula, estableciendo paralelismos extra e intrapeninsulares y busca la colaboración de los textos clásicos, que tan bien conoce, para intentar datar la Dama, la que considerándola digna por su arte de ser del s. V, no cree, sin embargo, que se aleje mucho del s. III a. C., oponiéndose nuevamente, como ya lo hizo en otra ocasión al hablar del Esculapio de Ampurias, a la opinión de Carpenter. Un resumen de su estudio sobre la Dama de Elche, ha publicado García y Bellido en la *Revista de la Universidad de Madrid*, III, pág. 91, año 1943, y sobre este tema dio una conferencia en la Universidad de Valencia (v. *Saitabi* 11, pág. 64, año 1944)”.

“Los otros objetos de Elche aquí estudiados son, un fragmento de estatua representando un guerrero con falcata, que no puede ser anterior a fines del s. V, siendo quizá ya del IV o III a. J. C.; un capitel de pilastra (¿) cuya fecha

no pasa del s. IV, siendo probablemente más reciente, y finalmente un fragmento con volutas que no debe ascender más allá del s. IV a. J.C.”

De Osuna estudiaba 18 piezas, además de la mención sucinta de algunas de igual procedencia que todavía estaban en el Louvre. Destacaban entre las esculturas reintegradas, la “auletris”, las damas con capa, los guerreros a pie y a caballo, las escenas circenses, etc., llegando a la conclusión que todos estos restos pertenecieron a un edificio conmemorativo levantado por César, quien tomó Osuna tras la batalla de Munda: por tanto, su fecha sería el año 45 a. J. C. [(sic, L.S.G. 2012).

En Valencia, a la que hizo mención especial Fletcher, pertenecía la cabeza humana de Redován, “ya mencionada por el autor en otra publicación, en la que asignaba la data hacia el 500 a. J. C., aunque ahora el propio a. cree que pudiera ser más reciente. También es de Redován una cabeza de grifo o quimera que por sus características puede obedecer a corrientes artísticas grecoorientales de pleno s. VI, pero la figura puede ser algo más reciente”.

“También de tierras valencianas, de Agost, estudia una esfinge, compañera de la cual es otra que quedó en el Louvre. Siguen modelos griegos del s. VI, aunque la fecha en España debe suponerse algo más reciente. Como el grifo de Redován, es “uno de los “incunables” de la escultura ibérica”, según frase del autor”.

“De la provincia de Albacete, de El Salobral, son un fragmento de relieve con esfinge, quizá de época romana republicana, y un sillar con inscripción ibérica. Igualmente de la misma provincia, del Llano de Nuestra Señora de la Consolación, es la Dama Sedente, semejante a la lograda por Nieto en Verdolay. Es la misma actitud y el mismo sillón de un sinfín de figuras griegas, concretamente samio-milesias de hacia fines del s. VI, poco más o menos. La fecha real es primera mitad del s. V o algo más tarde. Es una de las piezas más importantes de nuestra plástica antigua. Del mismo yacimiento es un trozo arqueológico con ornamentación de tipo jonio, que sigue prototipos del mediados del s. VI. Puede ser uno de los testimonios más antiguos entre los hallados hasta ahora en España. Finalmente, del mismo Llano procede el sátiro ithyphálico, del que tan detallado estudio hizo ya en sus “Hallazgos griegos de España”, repitiendo ahora los conceptos entonces vertidos, ya que aquel estudio puede considerarse como definitivo. Es obra que no está lejos de los últimos decenios del s. VI, siendo probablemente importada”.

“Del celeberrimo Cerro de los Santos es una cabeza femenina, única representación de este yacimiento que ha ingresado en nuestro Museo Arqueológico, procedente del intercambio con el Louvre”.

“Las estelas de Tajo Montero (provincia de Sevilla) deben datarse en el s. II a. J. C.”

“Del thymiaterion de Calaceite hace una breve descripción basada en el estudio que de esta pieza ha hecho el Sr. Cabré, aceptando la fecha de éste, o sea la primera mitad del s. V a. J. C.”

“Finaliza el volumen con el estudio de la diadema de Rivadeo, que considera como joya de un régulo de un pueblo atlántico peninsular de los que hacían el comercio con las Islas Británicas durante el Bronce final y durante la Edad del Hierro, pero el a. advierte que el atribuirlo al Bronce no obliga a asignarle fecha remota, pues no hay duda que la cultura del N.O. usó formas y tipos del Bronce hasta épocas muy recientes, incluso hasta los comienzos de la romanización de estas comarcas, debiendo prolongarse, por tanto, para esta zona y para las Islas británicas, el último período del Bronce hasta el 500/400 a. J. C., coincidiendo con lo postulado por los arqueólogos ingleses respecto a su patria: por nuestra parte creemos que esta perduración puede hacerse extensiva a otras áreas de nuestra Península, donde en el elemento autóctono perviven las manifestaciones del Bronce, modificadas por las aportaciones europeas y mediterráneas que muy tarde logran hacer cambiar las condiciones de vida y cultura indígenas, enraizadas en el Bronce. La diadema es datada por el a. hacia el IV/III y aun quizá bastante después, es decir, más cerca aún del comienzo de nuestra Era. Sería creación de los “albiones” mencionados por Plinio en la comarca de Rivadeo, y teniendo en cuenta que en el S. de Inglaterra hubo también otros “albiones”, se refuerza el parentesco entre los productos británicos y la diadema, como ha señalado el a. a través de este apartado”.

Subrayaba Don Domingo la importancia de la obra, por el examen monográfico de las piezas, debiendo destacarse los estudios sobre la Dama de Elche, los relieves de Osuna y la diadema de Rivadeo, “en los cuales sigue una sólida y clara trayectoria de deducciones basadas tanto en los textos como en la arqueología, para llegar a conclusiones de índole definitiva” (sic, 2012, por los constantes cambio de opinión de G. y B. sobre estos temas). Terminaba la recensión con un elogio a la parte gráfica.

–Philippe Helena.- “Les origenes de Narbonne”.- Toulouse-París, 1937, 491 págs. y 292 figs. Como decía Don Domingo “La estrecha relación que los hallazgos de la comarca de Narbona guardan con Cataluña y Valencia, hace que la obra de HELENA sea lo suficientemente interesante para que demos noticia de la misma”, aunque “haciéndolo brevemente, destacando algunos puntos de más interés.”

El capítulo I comprendía una visión general de culturas, razas, flora y fauna prehistóricas en su relación con los períodos geológicos dando noticias de las cavernas de Bize, de la Crouzade y de Fouzan, de las que algunos materiales los había conseguido él en excavaciones personales.

En el capítulo II estaba dedicado al fin de la Edad de la Piedra y la iniciación del Bronce, señalando que en los enterramientos eneolíticos, las cuevas narbonenses ejercen el papel de osarios, “en los que depositanse los huesos después de haber perdido el cadáver, en otro lugar, sus partes carnosas, por lo que frecuentemente el esqueleto no está completo”. El eneolítico era clasificado en cinco períodos. “Esta clasificación – decía Don Domingo - es de suma importancia, por los muchos años que lleva excavando y estudiando materiales de su comarca, pero en la nomenclatura utilizada nos parece poco acertado englobar bajo el título genérico de Eneolítico todas las tipologías desde el neolítico a los inicios del Hallstatt, pues induce a creer, erróneamente, que no hubo elementos del Bronce, cuando comprobamos que a partir de su Eneolítico III señala dos trayectorias, la tradicional y otra con industria típica del Bronce”.

El capítulo III abordaba la cuestión de “La primera migración céltica y la metalurgia del hierro”, subdividiendo Helena, la primera Edad del Hierro en tres períodos: el primero, hasta fines del s. VIII, con tipos cerámicos semejantes a los de Ca'n Missert y otros, para los que Colominas y Bosch, ya en 1920, fijaron su apogeo en el 700 y el fin en el 650 a. J. C. En el segundo grupo, escasea la ornamentación, correspondiendo a fines del VII y mediados del VI, y en el tercer grupo se encuadran las grandes urnas y copas troncocónicas sin ornamentación, paralelas a Gibrella y Anglés, y fechándolo en segunda mitad del s. VI.

“El hierro – continúa Fletcher - no llegaría a la Narbonense antes de fines del VIII, pero con su aparición no desaparece la metalurgia del bronce, que sigue utilizándose largo tiempo”.

“Al hablar de los habitantes de esta región, los más antiguos textos señalan la presencia de ligures. Hecateo, a fines del VI, califica a Narbona como mercado y ciudad céltica, aunque reconociendo que sus habitantes, los Elysiques, son ligures. La ciudad madre de Narbona sería Elicia y estaría asentada en Montlaurés [algo reconocido plenamente, 2012]. Estuvo en relación estrecha con un emporio situado entre ella y el mar, emporio denominado Naro o Narbon, viviendo el uno para y por el otro”.

El capítulo IV trata de “Las grandes invasiones. Los iberos, los celtas”. Comenzaba con una apreciación sobre el origen legendario de Narbona, “pero

pasa después a la Historia, señalando un nuevo movimiento céltico que tendría lugar hacia el año 530, siendo el desplazamiento de una nación entera, atravesando Bélgica, adueñándose del Centro de Francia y teniendo bajo una constante amenaza a los Elysiques. Otro movimiento hay de Sur a Norte desde los albores del siglo V, en el que las primeras oleadas de iberos entran en la Narbonense. Los ligures se retirarían a las altas mesetas del interior, quedando las feraces llanuras en poder de los iberos. El verso 586 de Avieno (el 588 de la edición de Schulten) lo rectifica Helena en: “erat “feraces” (no “feroces”) maximun regni caput”. Menos de un siglo después de la llegada de los iberos al Aude, hacia el 400, los celtas se lanzan a su vez a las llanuras del bajo Languedoc, quedando Narbona en poder de los galos. Con el paso de Anibal, en 218, comienza una nueva etapa, iniciándose la Historia clásica del Mediodía de Francia, cayendo bajo la férula romana, una vez derrotados los cartagineses”.

“El capítulo V lleva por título “Narbona ibérica y gala”. Elycia se mantendría independiente durante mucho tiempo. La acrópolis está constituida en terrazas escalonadas y los fondos de las habitaciones están excavados en la roca. El poblado de La Cayla tiene cerámicas áticas del V y el IV en el nivel superior, y fragmentos de hallstattiense en el inferior. El de Enserune, emplazamiento hallstattiense en el del que además de la acrópolis conocemos la necrópolis, la cual puede dividirse en dos zonas: al Norte las sepulturas más antiguas (s. V-IV), con cerámicas de figuras rojas áticas o greco-italiotas y vasos pintados geométricos ibéricos o celtizantes, protegidos por voluminosos fragmentos de dolium o anfora; al Sur, la zona más reciente (s. III-II), con tipos cerámicos de la costa catalana, buenas pateras helenísticas”.

Los capítulos VI y VII (con el título común de “La civilización indígena en los últimos siglos de independencia”), tenían menos interés, pues para informar de las costumbres, carácter, etc., del pueblo narbonense, se valía de los autores clásicos, que hablaban, en general, de los pueblos galos.

En las monedas seguía la clasificación del famoso numismata Hill, aunque aportando una nueva hipótesis al problema de los “Longostaletes”, nombre que no cree se refiere a ningún pueblo, interpretándolo como “contables públicos” o representantes de los mercaderes.

Llamaba la atención de Don Domingo una cuestión particular: “Una cuestión de interés en la arqueología prehistórica y que Helena la da como resuelta, es la del arco, aceptando que fue conocido en la Narbona de los primeros siglos a. J. C., aduciendo, además de los testimonios arqueológicos, las citas de Cesar y Estrabón. Esta cuestión tan interesante para nuestra ar-

queología, sentimos no se haya tratado más ampliamente, pues estamos en desacuerdo con su afirmación, puesto que los arcos no se señalan en ningún yacimiento ibérico ni del SE. de Francia ni de España, ni materialmente ni en la innumerable serie de vasijas pintadas ibéricas. Así, pues, hemos de considerar que en los primeros siglos a. J. C., el arco no era arma utilizada por los pueblos ibéricos, y si las citas de Cesar y Estrabón pueden aplicarse a pueblos de estirpe celta, igualmente hemos de reconocer que su empleo debió ser muy secundario, pues son escasísimos los restos de supuestas puntas de flecha en países no ibéricos. Queda, pues, en pie la incógnita de cuándo se perdió la tradición del manejo del arco y porqué no se readaptó tomándolo de otros pueblos que lo utilizaron y mantuvieron contacto con los iberos.”

Respecto a la cronología, se señalaban las muelas rotativas que debieron adoptarse en el s. III, estando primero el “catilus”, provisto de apéndices y después de muescas. “Anteriores a las muelas rotativas son las de vaivén, planas, tipo primitivo, que encuadra hasta el s. IV; en el aparecen los circulares, que llegan hasta el II con apéndices y desde fines del II y el I sin apéndices, no excluyéndose, sin embargo, la utilización de las de vaivén. Otro intento de clasificación se hace con las fusaiolas. Hasta fines del IV son de perfil discoideo, cilíndrico o carenado; en el III y II son más altas, bitroncocónicas, desapareciendo el cono inferior con la invasión romana, quedando simplemente en forma cónica”.

Para Don Domingo, lo que destacaba por su interés en este capítulo VII era la cerámica. “Desde el siglo IV – resumía - se introducen “dolia”, que no aparecen ni en España ni en el resto de Francia; algunos llevan inscripciones ibéricas, poco legibles. Abunda la cerámica grosera, a mano y junto a ella la de pasta depurada, a torno. Hay otra cerámica pintada con temas geométricos o florales. En los comienzos del siglo II hay una cerámica con temas geométricos que presenta, según el a., un parentesco innegable con la cerámica del SE. de España, principalmente Archena. A partir del siglo III aparecen en la Narbonense cerámicas idénticas en pasta y forma a las de las estaciones iberizadas, pero no específicamente ibéricas, de Ampurias y Costa Brava, lo que hace suponer a Helena que desde el Ebro al Herault reina un fondo de civilización que ninguna influencia exterior ha podido aniquilar”.

De tales influencias externas trataba en el capítulo VIII, aceptando la presencia de colonos cartagineses en las costas del Sureste francés, “coincidiendo con la opinión de los arqueólogos que consideran Marsella fundada sobre una primitiva colonia cartaginesa”. Las primeras manifestaciones del llamado arte ibérico, aparecerían en contacto con cerámica ática de figuras negras de bello estilo y jónicas con largas ondulaciones vinosas o incisas. “Si

estas cerámicas son realmente ibéricas y si realmente también corresponden a esta fecha – manifestaba Don Domingo –, en manifiesta oposición con todos los hallazgos peninsulares de Levante y SE. de España, tendríamos, por fuerza, que aceptar el camino de N. a S., en lugar del que hasta ahora se ha aceptado de S. a N. para la cerámica ibérica. Sin embargo, adelantamos que ni en las excavaciones de los “oppida” franceses ni las clasificaciones de sus cerámicas, se han hecho con todo el rigor que fuera necesario para decir la última palabra a base de los mismos. Basándose en esta fecha tan alta, Helena hace referencia a Paris y Bosch Gimpera (nosotros añadimos el trabajo de I. Ballester, publicado recientemente por el Centro de Cultura Valenciana – decía Fletcher), quienes no dudan que debe buscarse el origen del estilo ornamental de los vasos ibéricos en la cerámica de Asia Menor y Grecia Arcaica, aunque algunos temas puedan ser autóctonos. Helena clasifica los escasísimos fragmentos con decoración floral como del siglo III, pero los vasos pintados, en forma cada vez más degenerada, perduran hasta los primeros tiempos de la conquista romana”.

Con el capítulo IX, dedicado a la conquista romana y entrada de Narbona en la Historia, terminaba “este importante trabajo ...del trabajo de Helena, a quien debemos agradecer la presentación estructurada de todos los materiales, pre y protohistóricos de la Narbonense, junto a los cuales las citas clásicas hacen revivir los tiempos pre-romanos de esta comarca, dando amenidad e interés a la narración”.

– F. Figueras Pacheco.- “Acra Leuca la ciudad de Amílcar”. Alicante, 1932. J. Lafuente Vidal.- “Alicante en la antigüedad”, Alicante, 1932. F. Figueras Pacheco.- “La necrópolis ibero-púnica de Alicante”, Anales del Centro de Cultura Valenciana, a. VI, núm. 15, pág. 19, Valencia, 1933. J. Lafuente Vidal.- “Excavaciones en la Albufereta de Alicante (antigua Lucentum)”. Memoria de Excavaciones, núm. General 126, núm. 1 de 1933, Madrid, 1934. F. Figueras Pacheco.- “Las piras funerarias de La Albufereta de Alicante”, “Saitabi”, núm. 7-8, pág. 13, Valencia, 1943. G. Vidal.- “Lucentum de Alicante”, “Saitabi”, núm. 12, pág. 131, Valencia, 1944. Sobre estos trabajos decía Fletcher que “Aunque por algunos eruditos españoles, entre ellos nuestro Chabás, ya se habían situado Acra Leuca y Lucentum en Alicante, sin embargo esta identificación no había merecido aceptación unánime, y así, la aportación de F. P. al tema, poniéndolo al día, presentada al IV C.I.A. celebrado en Barcelona, mereció una réplica de Pierre Paris, quien, sin negar la posibilidad de Acra Leuca = Alicante, la dejaba en cuarentena, alegando la falta de datos arqueológicos que dilucidaran la cuestión, a pesar de que de antiguo era conocida una lápida, en la que se hace referencia al municipio lucentino, hallada en Alicante [la cuestión Lucentum = Alicante no es puesta en cuestión desde

hace decenios por nadie, aunque Llobregat la situó más que en el Tossal de Manises en el barrio de Benalúa, otra reciente inscripción del Tossal menciona, sin embargo, a Lucentum, por lo que Benalúa bien pudo ser un “pagus” de la ciudad del Tossal – L.S.G. 2012]. Como consecuencia de la comunicación presentada y de la negativa, la ciudad alicantina tuvo el bello gesto de emprender los trabajos necesarios para dejar resuelta la cuestión, realizando una campaña de excavaciones de resultados altamente halagüeños”.

“En su “Acra Leuca”, reproduce F. P., los puntos de vista que expuso en Barcelona, añadiendo sucintamente los resultados arqueológicos de la primera campaña de excavaciones que reafirman sus opiniones”.

“Hace un estudio de las fuentes (Diodoro, Frontino, Livio, Silio Itálico, Nepote), exponiendo las conclusiones que de las mismas deduce. Acra Leuca es el nombre que no le dieron los cartagineses, sino que, siendo griego, ha de ser forzosamente anterior a aquellos, por tanto la región estaba helenizada cuando las huestes púnicas llegaron a esta comarca [está cuestión está hoy – 2012 – desfasada, L.S.G.]. Ligada íntimamente con la situación de Acra Leuca está la de Helice, cuyo emplazamiento estudia también F.P., situándola, como tradicionalmente se ha hecho, en Elche. Debemos aquí como inciso, indicar nuestra discrepancia con Helice-Elche de la Sierra, que hace García y Bellido en su “Fenicios y Cartagineses”, pues la razón principal que aduce, o sea que Helice debía estar en sitio frío, puesto que parte del ejército que la asediaba se retiró a invernar a Acra Leuca, no nos parece suficientemente decisiva, pues aun estando Helice en región de clima idéntico al de Acra Leuca, es natural que las tropas que Amílcar consideraba sobrantes en el asedio, se retiraran a los cuarteles que ya tenían establecidos y acondicionados de antiguo y no que prepararan unos nuevos, junto a la ciudad cercada, máxime cuando el mismo hecho de retirar tropas comprueba que el general cartaginés consideraba como inminente la caída de la plaza sitiada.”

La tercera parte del trabajo era la relación sucinta de los hallazgos, “o sea el tema que más ampliamente trata L.V. en su “Alicante en la Antigüedad”, al que seguidamente nos referimos”.

“Así como F.P. se limita a situar Acra Leuca en Alicante, sin determinar más, L.V. concreta la cuestión y señala la existencia de dos ciudades, una Acra Leuca en el Benacantil, lugar que por su elevación y características naturales es más lógico que recibiera el nombre en cuestión y otra, en el actual “Tossal de Manises”, que se llamaría Leukon, la Leukon Teijos que pasó a ser la Longuntica romana [esta es una fantasía de L.V. – L.S.G. 2012], que no tiene nada que ver con Guardamar, donde por algunos ha querido

ser emplazada. Acra Leuca desaparecería en 195 a. J.C. con Caton, pero no así la ciudad del “Tossal”, donde encontrarían refugio los habitantes de la destruida Acra Leuca”.

Sobre los resultados obtenidos en la necrópolis de La Albufereta “las sepulturas aparecen sin regla ni orden, amontonándose unas sobre otras, pudiendo fecharse todas entre segunda mitad del s. III y primera del II a. J.C. Aunque aquí no distingue L.V. estratigrafía alguna, en otra publicación, de la que después hablaremos, ya rectifica lo del amontonamiento y señala dos niveles, cosa que con anterioridad hizo F.P. en otro de sus trabajos, que también veremos a continuación”.

“Entre los hallazgos, hay enterramientos con los ajuares usuales, pero con total ausencia de huesos, cosa que ya observó Ballester Tormo en su “Avance al estudio de la necrópolis ibérica de la Casa de Monte”, quien opina que se trata de ceremonias simbólicas en honor de algún familiar fallecido lejos de su tierra, pero a quien se le rinden las mismas honras fúnebres que si hubiera muerto entre los suyos. Esta observación y deducción parece tenerla en cuenta el propio L.V., quien indica también esta posibilidad, aunque en su Memoria de Excavaciones no vuelve a hacer, inexplicablemente, mención a esta cuestión”.

“Al hablar de las excavaciones en el “Tossal de Manisses”, dice que los vasos ibéricos con ornamentación de flora, fauna y hombres, llegarían a durar mucho tiempo porque se les superpone sin solución de continuidad “la cerámica de barro rojo brillante con relieves”. Sobre esta interesante cuestión volveremos oportunamente” [ya lo hemos reseñado en el capítulo dedicado a la cronología de la cerámica ibérica].

“Sigue el folleto de L.V. mencionando diversos hallazgos conocidos de antiguo, romanos y posteriores, opinando que la destrucción de la ciudad del “Tossal de Manises”, o sea Lucentum, acaeció en el 409, lo más probable”.

Lamenta Don Domingo la falta de calidad de las ilustraciones, haciéndolas verdaderamente inutilizables.

“Como complemento de su “Acra Leuca” –continuó Fletcher -, F.P. dio una nota en 1933, en la que se hace referencia a la primera campaña de excavaciones, cuyos resultados ya eran conocidos por el folleto de L.V.; pero F.P. distingue dos niveles en la necrópolis, el inferior del s. III a. J.C. y el superior del s. II a. J.C., y tal vez dentro del primero pudiera, todavía, señalarse una subdivisión. Aparte de esta novedad, la nota tiene el carácter de simple

información, habiéndola citado aquí porque en realidad forma como un todo con la publicación suya y la de L.V., que hemos mencionado anteriormente”.

“El mismo carácter completivo, pues se repiten todos los extremos tratados en los trabajos precedentes, tiene la más amplia exposición que hace L.V. en la Memoria de Excavaciones, publicada en 1934, en la que hace historia de la campaña efectuada a expensas de la ciudad de Alicante, se mencionan las fuentes literarias ya aportadas en los anteriores folletos, y seguidamente se habla de la segunda campaña de excavaciones, gracias a la cual se ha hecho acopio de nuevos datos y observaciones, entre las cuales nos admira la tan suspicaz [ironía de D. Domingo] de identificar una sepultura de hombre con la de un gran jefe que pereció cuando el asalto de C. Escipión, deducción basada en el simple hecho de que el general romano saqueó las reservas de esparto de los cartagineses, y en la sepultura en cuestión aparecieron restos de cuerda de idéntica materia. Realmente es mucha suspicacia”.

Interesaba sobre manera a D. Domingo, por los motivos que sabemos, la siguiente cuestión: “En la ciudad, debido al gran número de niveles superpuestos, se hace difícil la excavación, debiendo sacrificarse construcciones más recientes para poder profundizar en los estratos inferiores. En la monografía en cuestión se exponen los diversos niveles, así como la sucesión de cerámicas. Primero, prehistórica, negra o rojiza, siguiendo la negra ahumada, la roja o amarilla ordinaria y la griega de época clásica, todo disperso y sin formar estrato; suceden los fragmentos cartagineses y contemporáneos con los de barniz negro brillante y figuras rojas. La época hispánica, tanto antes de la destrucción por Catón como la de la reconstrucción poco antes de la de Sertorio, se indica por los vasos pintados, algunos fragmentos con conejos y lechuzas, siendo de la primera campaña otros fragmentos con hombres, caballos, etc.; fueron hallados en estratos que el autor considera del s. I a. J.C., y sobre esta cerámica, sin solución de continuidad, cerámica de Acce y finalmente la sigillata. A pesar de esta relación que hace L.V. (y que más detalladamente nos hace en un trabajo que analizamos en otra parte), no se apercibe de la transcendencia de sus conclusiones y explica esta cerámica con figuras zoomorfas y humanas, en niveles del s. I a. J.C., suponiendo que “ante la invasión cartaginesa algunos de los artistas helenizados que pintaron vasos tan notables como los de Elche y Archena, huyeron hacia el interior, desenvolviendo su arte por el Bajo Aragón y regiones próximas a Valencia, hasta llegar a las brillantes manifestaciones de Azaila y Calaceite, o por el contrario, fueron atraídos al Africa por los dominadores”, y al terminar “la dominación cartaginesa hubo una inmigración ibérica (¿cuándo terminaremos con la manía de las inmigraciones e invasiones para explicárnoslo todo?

– manifestaba D. Domingo) que trajo para la cerámica formas casi olvidadas y adornos más artísticos: Citaba Fletcher a L.V.: “queda a comprobar si la ciudad fue reedificada hacia 138-136 a. J.C., y ... si con los nuevos pobladores vinieron los artistas que pintaron en las vasijas figuras humanas, conejos, perros, cabras, flores, con nuevo estilo que subsistió hasta ser reemplazado por los vasos romanos de barro rojo brillante y el típico relieve saguntino.. Esta sería, sin duda, la explicación de que el más brillante arte ibérico, que tuvo su origen en esta región y en Andalucía, no lo hayamos encontrado nosotros hasta el s. II a. J.C. en Leucon, con los vasos romanos inmediatamente encima, sin solución de continuidad”. “Como se ve – subrayaba Fletcher -, L.V. retuerce las cosas para amoldarlas a la clasificación de Bosch. Hoy, después de la clasificación cronológica que planteamos en 1940 (y que según parece por otros trabajos de L.V., este autor desconoce) y de los resultados obtenidos en nuestras excavaciones de Archena, donde la cerámica típica de este yacimiento aparece como romana de época avanzada, es mucho más fácil explicarnos la existencia de esta cerámica ibérica, bellamente decorada, en período romano.”

Como en la monografía anterior, la mayoría de las reproducciones eran inservibles.

Una nota de F.P. en “Saitabi” repetía las conclusiones conocidas y hacía hincapié a que “hallazgo cierto de restos imputables a la dominación romana no se registró en ninguna de las 170 piras que exploramos” [2012: es verdaderamente admirable que un autor ciego, como era Figueras Pacheco, hiciera arqueología. Se valdría de ayudantes pero su mérito no es menos singular L.S.G.].

La última de estas recensiones era la que “Siguiendo paso a paso a L.V.”, hacía Gonzalo Vidal, también en “Saitabi”, el cual “nos da una pequeña nota sobre Lucentum, repitiendo punto por punto lo que el primero escribió sobre el particular”. Don Domingo hace mención de este trabajo simplemente para completar la serie de publicaciones de tipo general sobre Acra Leuca y Lucentum y los resultados de las excavaciones en “La Albufereta” y “Tossal de Manises”.

– Manuel Gómez Moreno.- “Las lenguas hispánicas”. Discurso de ingreso en la Real Academia Española el 28 Junio de 1942, y, ampliado, en Boletín de la Universidad de Valladolid, t. XXVIII-XXX, 1941-42— “La escritura ibérica”. Boletín de la R. Academia de la Historia, Madrid, 1943. — “Digresiones ibéricas: escritura, lengua”. Boletín de la R. Academia de la Historia, Madrid, 1945. Desde su llegada al SIP conocía Fletcher las cuestiones suscitadas por

la escritura ibérica y el, entonces, recientísimo (1922) desciframiento de la escritura ibérica por Gómez Moreno. Al reseñar estos nuevos trabajos, los más importantes dedicados a la epigrafía ibérica después de su desciframiento, decía Fletcher que “A la sobria presentación y parquedad de extensión opone Gómez Moreno, en estos trabajos, una exposición tan castiza y ajustada y un contenido tan compacto y sólido, que hace menos que imposible, en unas simples líneas, dar cuenta de las importantes conclusiones que en los mismos vierte. Aun reconociendo de antemano esta dificultad, nos creemos obligados a dar noticia de estas publicaciones, ya que aúnan a su interés general, el especial de la constante mención y estudio de materiales valencianos, de Alcoy, Castellón, Mogente y, principalmente, Liria, en la que las excavaciones efectuadas por el S.I.P., que también realizó las de Mogente, han proporcionado tan rico caudal de inscripciones ibéricas”.

“De los trabajos que encabezan estas líneas – continuaba -, entresacamos sólo algunos puntos, no precisamente los más fundamentales, en fuerza de la brevedad que ha de presidir estas notas.”

“El plomo de Alcoy está escrito en alfabeto jonio, opinión mantenida por G.M. desde siempre, frente a los que lo juzgaban escrito en caracteres ibéricos. En sus dos primeras monografías se indica el siglo V a. C. como fecha de este plomo, aunque en la última se señala el siglo VI, por lo que nos preguntamos si es un error tipográfico o un cambio de criterio, pues el a. no hace indicación alguna a este respecto [los arqueólogos del Museu d’Alcoi lo datan actualmente en el s. III a. C. -L.S.G. 2012]”.

“Divide la escritura en dos grupos: 1.º El tartésico, que debe tener su entronque con lo cretense, siendo anterior al alfabeto fenicio y, desde luego, a todos los europeos; cuándo y por quién se trajo es un enigma, aunque podría pensarse en fuertes relaciones comerciales o colonizaciones tal vez en la E. del Cobre o algo posteriores. El otro grupo lo constituye la escritura ibérica del N.E. de la Península, originada a su vez de la tartesia, que comenzaría hacia el s. III con las monedas de Arse (Sagunto) y terminaría hacia los primeros tiempos del Imperio [hoy, 2012, se cree que la escritura del S.E. es la manifestación más antigua, del s. VII-VI a. C., basada en la fenicia, apareciendo la levantina en algunos vasos de fines del s. V a.C. en Ampurias L.S.G.]. En el grupo tartesio hay que incluir los plomos de Mogente y Albaida. La diferencia en la escritura también puede señalarse entre los nombres propios y geográficos tartesios e ibéricos, aunque un “sacal Is[k]er” aparezca en Cástulo, Alcoy, Mogente y Tarragona”.

Gómez-Moreno “Busca el sentido de algunas palabras, agrupándolas según sus radicales. “Egiar” es frecuente en los vasos de Liria con temas de

jinetes y luchas, por lo que habría de referirlo a la acción que representan las pinturas. “Ban, eban, ebanen”, abunda igualmente, haciendo pensar en un “ben”, con lo que se pondría en contacto el ibérico con el semítico y se pregunta G.M. <¿Será camino para resolver el problema?>. De una ingeniosa observación deduce que el término indígena para designar el lobo sería “iltir” [iltirr, junto con iltu son maneras de designar la “ciudad”- 2012 L.S.G.].

El trabajo de Gómez-Moreno es también importante porque aunque “En cuanto al valor de los signos lo expuso en 1922 y lo amplió en 1925, pero es ahora cuando detalladamente justifica el por qué de cada atribución, siendo una de sus grandes conquistas lo que el propio G.M. denomina “semisilabismo sistemático” (que en la Meseta no se sigue por desvirtuarse el valor de los signos, desdoblándose la vocal propia). En su última monografía rectifica sus anteriores puntos de vista con respecto a V que transcribe por m’; y para “tu” [el signo círculo con cruzado interior -2012 L.S.G.] al que ahora da el valor de “te” (frente a la antigua opinión, hoy abandonada, de D. Pío Beltrán). Admitiéndose, con G.M., el valor fricativo de la M, tendríamos la transcripción Xaitabi, que coincide con la grafía y pronunciación valenciana de Xátiba”.

Terminaba D. Domingo indicando que discrepaba en la lectura de algunos de los letreros de Liria.

Aquel mismo año Don Domingo participa, junto al resto del equipo del SIP, en el I Congreso Arqueológico del Levante Español con la ponencia sobre “Exploraciones arqueológicas en la comarca de Casinos”, que ya hemos visto.

Una contribución que consideramos muy original de Fletcher es “El arte protohistórico valenciano y sus orígenes”, Discurso de recepción como director de número del Centro de Cultura Valenciana del 3 de Mayo de 1949.

Comienza D. Domingo haciendo el elogio de su antecesor, el también célebre arqueólogo valenciano José Senent Ibáñez.

Respecto al período estudiado acepta que las fuentes pueden empezar con algunas de las informaciones de Rufo Festo Avieno hacia 550/ 530 a.C. iniciándose con ello el período protohistórico.

Especifica que los iberos son gente mediterránea que se asienta sobre otros pueblos también de estirpe mediterránea. Aunque se les ha supuesto celtas “mediterraneizados” por griegos, púnicos y romanos se opone a esta hipótesis.

Respecto a las llamadas colonizaciones rechaza que se utilice este término pues las relaciones con griegos y púnicos fueron de venta por parte de estos de pacotilla siendo necesario un largo contacto mantenido a través de relaciones comerciales intensas para que surgieran nuevos gustos y nuevas concepciones artísticas, más que por la buena voluntad y deseos de esos mercaderes y guerreros intrusos.

Los fenicios llegan al mediodía español, no pudiéndose decir nada de su presencia en tierras valencianas, aunque no se excluye la posibilidad de que alguna vez se comprueben objetos de tal procedencia. Sólo mucho después, con los cartagineses, se señalan materiales púnicos en Levante. Aparte de concepciones que hacen a los fenicios incapaces para la creación artística lo cierto es que es el mundo fenicio-púnico no tuvo un arte plástico nacional, si bien se consideran como púnicas una gran serie de vasijas y figurillas de barro que por el aire especial que tienen son indiscutiblemente de tal procedencia. El más rico yacimiento con restos púnicos es la necrópolis de La Albufereta de fines del s. II a.C., y más al S. la necrópolis del Molar en la que también abundan objetos de procedencia púnica. Restos de vasos, ánforas, pebeteros en cabeza de Tanit etc. etc. se encuentran frecuentemente en poblados ibéricos no siendo tan frecuentes los hallazgos de monedas que, junto a los brazaletes análogos a otros sudítalicos, podría sospecharse que intervino más de un mercenario ibérico que un comerciante púnico. “Dada la masa de objetos considerados como cartagineses hallados en las necrópolis y poblados ibéricos, hemos de deducir lógicamente – decía D. Domingo - que fue intenso su comercio y por tanto que su pacotilla influiría en el gusto artístico de los indígenas valencianos”.

Trata a continuación de los griegos, señalando que los objetos de mayor antigüedad se reparten en el Sur de la Península, con lo que se demuestra que los primitivos contactos se efectuaron desde las costas meridionales, coincidiendo la arqueología y los textos, quedando una amplia zona del Júcar a Ampurias inédita al comercio helénico. Tal vez al cerrar los cartagineses la ruta hacia el Sur se buscaran nuevos derroteros, bien por la costa bien por el célebre puente de isla en isla donde abundan los topónimos en –USSA. Solamente es a partir del s. V cuando se datan los hallazgos en la región, al principio esporádicos y por la zona más meridional, menudeando después por toda ella hasta llegar a la saturación de los yacimientos con las cerámicas de barniz negro. Las esculturas en piedra vendrían a confirmar este supuesto tope del 500 a.C. para las primeras relaciones entre griegos y valencianos, encontrándose los más antiguos restos escultóricos que difícilmente pueden rebasar aquella fecha, igualmente en la provincia de Alicante.

Para D. Domingo esta estatuaria es producto helénico esculpido en tierras valencianas, o lo que es lo mismo, productos de un arte griego provin-

cial. Muestras de este arte serían la cabeza de muchacha procedente de la provincia de Alicante, las esfinges de Agost, la cabeza de grifo de Redován y el león de Bocairente. La persistencia del influjo heleno explicaría el porqué de la perfección de algunas de las esculturas ibéricas aunque este, como todo arte joven, tiene errores que dan una falsa impresión de antigüedad.

Más influencia ejerció, sin duda por ser de técnica más fácil, la cerámica importada a partir del s. V. Fragmentos de cerámica importada hay algunos en el Molar – dice - fechados hacia el 440 a.C. y también en La Albufereta. En La Bastida de les Alcuses de Mogente hay restos fechables del 425 al 330 a.C. si bien el conjunto de materiales del propio yacimiento no cree alcance tal antigüedad.

Desde el s. IV a.C. abundan los vasos griegos procedentes de la Magna Grecia más que de la Grecia propia haciendo sentir su influjo en los ceramistas iberos que llegan hasta la réplica más o menos perfecta, principalmente en la cerámica llamada campaniense. Estas mismas influencias sud-italicas se ejercen en el arte monetar, aunque es raro que contrariamente al intenso comercio y relaciones comerciales que demuestra la cerámica no se encuentran monedas griegas posteriores [sic, por anteriores L.S.G.] al 350 a.C.

Entre las artes industriales importadas se encuentra el tesoro de Jávea el cual, por técnica y conjunto puede relacionarse lo mismo con Etruria que con la Magna Grecia como la Grecia propia, que por sus características puede datarse en los ss. IV al III. De la misma época sería el tesoro de Cheste.

Respecto a la influencia etrusca recuerda que Schulten señaló una auténtica colonización etrusca, pero esta hipótesis ha sido matizadas por los estudiosos. Pasada esta moda no se han valorado suficientemente los hallazgos etruscos. Aparte de los objetos etruscos encontrados entre los que se puede citar un bronce de Elche no pueden negarse fuertes semejanzas tanto en la técnica arquitectónica (cámara de Toya) como en la plástica en bronce (idolillos) como en los relieves de la típica falcata como en la gran estatuaria animalística en piedra (bichas de Baena), como en la orfebrería (pieza de Saldaña, pátera de Tivissa) o en la decoración cerámica especialmente de Lliria aunque distanciadas cronológicamente. En conclusión debe aceptarse la posibilidad de tener en cuenta el arte etrusco para aquilatar debidamente el arte ibérico, lo que acepta.

Respecto al arte celta considera que este es una interpretación temperamental del arte griego por lo que la coincidencia entre lo ibérico y celta se debería a tener los mismos maestros. La falcata, por ejemplo, no es de influjo europeo sino copia directa del sable griego; la jabalina ibérica está relacionada con las del resto

del Mediterráneo como lo corrobora la presencia del “amentum” o propulsor en las jabalinas griegas, etruscas e ibéricas. Habría algunos objetos continentales en tierras iberas pero estos no son suficientes para escamotear la etnia ibérica y suplantarla por otra céltica. Admite así un influjo céltico principalmente en las artes metalúrgicas pero en modo alguno tan absoluto como se ha pretendido.

Se refiere también a los mercenarios ibéricos que anduvieron por Cerdeña, Sicilia y la misma Grecia desde el s. V, y que al regresar a sus hogares traerían sus gustos y deseo de un mayor refinamiento y belleza de su vida.

Los verdaderos colonizadores son los romanos, si bien su presencia no significa un inmediato cambio cultural, habiendo un amplio período desde la entrada de las tropas romanas hasta la aparición de una cultura y un arte provincial romano que por largo tiempo oscurece el arte indígena sin llegar a ahogarlo, pues este queda latente, resurgiendo en coyuntura favorable, lo que explicaría la identidad decorativa de ciertos motivos entre la cerámica de Liria y la medieval de Paterna.

Estas influencias actúan sobre un arte e industria de base neolítica con aportaciones del Bronce, que vivió lánguidamente nutriéndose de sus propios impulsos hasta que en la segunda mitad del I milenio a.C. se inicia la transformación lenta de los pueblos levantinos desembocando en un espléndido arte llamado ibérico. Este se plasma en:

- la metalistería: difícilmente pueden señalarse hallazgos de joyas que puedan considerarse producto ibérico, apenas pendientes amorcillados de clara procedencia púnica, aretes, brazaletes y anillos muy sencillos. En manera alguna han de considerarse indígenas ni las bellas joyas de Jávea, ni la cadenilla de malla de oro de La Bastida, ni los restos de diadema de Covalta ni las ricas preseas que adornan el busto de la Dama de Elche, todas ellas de procedencia mediterránea.
- Típicas ibéricas son las fíbulas anulares de escaso valor artístico. También parece que se originaron entre los iberos los broches de cinturón de placa rectangular extendidos por toda la Península aunque es lo más probable que el nielado fuera aprendido de fuera, así como el buen gusto de la decoración. Igualmente el nielado se utiliza en la falcata con magnífico efecto a lo que se añade la labra de la empuñadura, rematada en forma de cabeza de caballo o de pájaro.

En el arte monetar parece que influyó poco lo púnico sino más bien el griego, en las primeras monedas de Sagunto y Játiva. Una vez ocupado el li-

toral por los romanos los prototipos son sicilianos que a su vez son de origen alejandrino. El típico jinete ibérico deriva de las monedas de Hierón II de Siracusa (274/216 a.C.) y la cabeza del anverso no es la de Hércules sino la del propio Hierón.

- la escultura:
 - a) Figurillas de bronce: su concepción plástica es más clásica que europea. Se trata de una producción en serie en el que hay algunas figuras de buen arte aunque no hay vistosidad pues al ser de bronce pleno son de reducido tamaño. La diversidad de tipos y valor artístico no corresponde a gradación cronológica, ni siquiera a focos productores distintos. Sobresale por su calidad el “guerrero de La Bastida”.
 - b) Plástica en arcilla: Son escasos los restos de figurillas de arcilla y siempre son monigotes que reproducen las figuras con rudeza producto de un arte ínfimo a pesar de la policromía, tan del gusto de la época. El ejemplar más interesante es el caballito de Játiva que si no es un original griego al menos ha copiado fielmente una forma griega. Mención aparte merecen los exvotos de La Serreta de Alcoy, casi en su totalidad figuras femeninas de factura bárbara aunque copiando en la mayoría de los casos modelos seguramente romanos. El mismo arte de ínfima categoría se halla en los muñecos de la Cueva de les Maravelles dadas a conocer por Pla Ballester.
 - Escultura en piedra: Esta es la más lograda producción debida al arte ibérico, aunque hay garrafales errores técnicos, como la desviación de la perpendicular del cuerpo con escalonamiento de volúmenes desde la cabeza a los pies, dando a la figura perfil en zig-zag, frontalidad, ojos amigdaloides, orejas deformes etc. etc. lo que da a las imágenes, junto con los paños y cabellos geometrizados y faltos de calidad un aspecto pseudo-arcaico.

Entre los relieves se pueden mencionar la estatua de Sagunto, en relación con el culto a Epona, que contrasta con el de La Albufereta, de Alicante, policromado, con redondez de talla, varios planos y resueltos adecuadamente.

De estatuaria en bulto se encuentra el guerrero de Elche, la talla es redonda y el modelado así como el movimiento están logrados. Muy por debajo artísticamente está el toro de Sagunto, los restos de Bicha de Balones, las de Rojasales etc. La cabeza de caballo tal vez de Fuente La Higuera es romana por técnica y estilo.

Como suma y compendio del arte ibérico y peninsular está la celeberrima Dama de Elche. Aunque el autor logró hermanar un perfecto equilibrio externo con una intensa vida interna hay defectos, como la frontalidad, desviación de la boca, labios en arista. El encorvamiento de la espalda se debería a un artilugio para sostener el pesado ropaje que adornaba su cabeza, como lo confirman otras estatuas ibéricas.

PINTURA: Solamente por indicios se puede suponer una pintura mural, en cambio hay abundantísima decoración en cerámica, siempre en color rojo. En principio esta decoración es geométrica (una o varias bandas horizontales con teorías de círculos y semicírculos concéntricos, rombos, ajedrezados, flecos, flores, hojas de yedra, zarcillos etc. etc. siempre con ritmo repetido, simple y simétrico). Más variedad se encuentra en las decoraciones antropo y zoomorfas, pero ello afecta más a los temas que a las soluciones técnicas que son constantes. A pesar de esta uniformidad pueden señalarse diversas tendencias estilísticas que serán atribuibles más a alfares diferentes o a distinta calidad artística mejor que a diferencias cronológicas.

Se ratifica en su opinión de que la cerámica de decoración geométrica se extiende del s. IV a fines del III a.C. encuadrándose los temas florales, humanos y zoomorfos de finales del III al I d.C.

Este arte no se explica, aunque no puedan desecharse influencias púnicas y griegas, sino por una predisposición artística, fundamental y constante de las gentes levantinas.

Concluye con que en el crisol de estas tierras valencianas, a partir del s. V a.C. se funden lentamente, con una cultura indígena de base neolítica-bronze, las influencias externas, dando vida a un nuevo arte que, si en los inicios tiene la natural rudeza y puerilidad típico de todo arte joven, es capaz de llegar rápidamente a producir obras maestras en la estatuaria y decoración cerámica, cuyo desarrollo se vio impedido por el arte clasicista pero adocenado que trajo Roma, si bien los valencianos han conservado siempre un gusto artístico con características tan propias que permiten asegurar que los valencianos no han sido nunca celtas sino mediterráneos, con un espíritu y psicología que ha producido en todo tiempo magníficas obras de arte.

Otro artículo singular, aunque destinado a una revista no arqueológica, es "El vino como factor económico y cultural en la Europa Antigua", publicado en *La Semana Vitivinícola* IV, nº 149, Valencia 7/5/1949.

Como todos sus trabajos, incluso los destinados a publicaciones más humildes, está lleno de erudición, claridad y concisión.

La *vitis silvestre* – dice - aparece ya en el período secundario en una gran área. Señala la diferenciación por el índice cefálico del granillo entre la *vitis silvestres* y la cultivada.

La viticultura se inicia en Egipto siendo más tarde conocida en Siria y Mesopotamia. En Troya los restos conocidos entre 2500 y 200 a.C. son de *vitis silvestres* y lo mismo en Tirinto hacia el 1900 a.C. La viticultura llegará a Grecia hacia el 1700 a.C., como se documenta en Orcomenos, procedente casi con seguridad de Asia Menor. En el ideario griego (Tucídides, Aristófanes) este descubrimiento sacó a los griegos de la barbarie. En Italia se halla *vitis silvestres* en el Neolítico y Edad del Bronce y solamente en la Edad del Hierro, en Fontenillato, aparece la vid cultivada. También en Europa Central se conocía la vid salvaje pero sólo con los romanos, a principio de la Era, llega la vid cultivada a los pueblos de Europa del centro y occidente “que fue recibida como un verdadero don de los dioses”. Sin embargo, desde mucho antes, algunos de estos pueblos han conocido el vino, seguramente desde que en 650 a.C. los mercaderes griegos e italo-griegos establecen contactos con celtas y pueblos adyacentes. La gran afición despertada entre los celtas por el vino, atestiguada por autores antiguos y ratificada por la arqueología, fue motor de una fuerte exportación de vinos, y, en correlación con esta, un constante tráfico marítimo, una completa red comercial con apertura de nuevos mercados; y en tierras de de Grecia propia y Magna Grecia una floreciente industria vitivinícola que incluía la fabricación de recipientes para su consumo. Otra consecuencia más trascendental culturalmente es que este contacto amplió los conocimientos geográficos griegos y fue causa de la transformación cultural de los pueblos célticos, los cuales alcanzaron un grado de civilización hasta entonces desconocido. La costumbre de recubrir de resina los recipientes para vino fue origen también de adelanto económico.

Roma hereda y amplía este comercio, habiendo utilizado el vino primero con fines sólo de carácter medicinal y ritual. Numa ordenó que nadie bebiera vino de viñas no podadas, obligando a la poda con el consiguiente beneficio para su conservación y rendimiento.

A partir del 146 a.C., con el sometimiento de Grecia y Cartago, Roma se encuentra con grandes riquezas, apropiándose de los mercados enológicos de estos países a la vez que se amplían los mercados (Britania). La población romana que sólo bebía vino en los días de fiesta se acostumbra a beberlo a diario, siendo frecuente en comidas familiares y banquetes, entra a formar

parte de la dieta del legionario romano. Algunas de las tabernas establecidas en las cercanías de campamentos legionarios se han convertido en modernas ciudades.

Diversas clases de vino eran llevadas desde Italia a todos los rincones del Imperio, pero también a Roma llegan vinos de todas las provincias, lo que está atestiguado por las ánforas rotas en el “monte testáceo”, de unos 300 metros de perímetro por 20 de altura. A Roma llega vino de Lauro [Fletcher la identifica con Liria, hoy se sitúa esta ceca en Cataluña y los vinos se califican de layetanos L.S.G.].

La abundancia de mercados y el constante incremento del consumo lleva a los propietarios romanos a intensificar el cultivo y aumentar la producción, calculando autores latinos que los beneficios netos anuales del cultivo de la vid eran del 18 % aunque esto es difícil de calcular. El gremio de vinateros se convierte en el más poderoso del imperio después del de los banqueros. Ciertos tributos eran cobrados en vino, lo cual da motivo a la creación de una compleja burocracia destinada a la exacción del tributo, recepción del vino, comprobación de su calidad, almacenamiento, conservación etc.. Parte de este vino era destinado a pagos y otras era vendido a precios bajos, a veces distribuido gratuitamente a la población.

En época imperial, con el incremento del valor del vino, se incrementa la superficie cultivada, que llegan a pagarse en el intervalo de pocos años a casi el doble de su valor, lo que da origen a disposiciones legislativas referentes a nuevas plantaciones. Todo esto desemboca en una superproducción que unido a las competencias de las provincias dio lugar a gravísimos aprietos en el comercio vinícola metropolitano, prohibiéndose nuevas plantaciones y diezmar las existentes en algunas provincias, como por ejemplo en la Narbonense, aunque estas disposiciones muy rara vez y en muy pocos lugares fueron atendidas.

Roma también heredó de Grecia sus prácticas enológicas, añadiendo al vino sal, agua de mar, arcilla, polvo de mármol etc., según la calidad de los vinos o necesidades preventivas o curativas. Se refiere al hallazgo de la “taberna” del Cabezo del Tío Pío de Archena, el poso de cuyas ánforas resultaba semejante al actual celebrado vino de Ricote de las cercanías.

Los agrónomos latinos (Varrón, Columela, Catón, Plinio etc.) estudiaron con cariño todas las cuestiones relacionadas con el vino, habiendo llegado hasta nosotros sus consejos y enseñanzas. También se ocupan del vino los poetas, por los que sabemos que el vino se mezclaba con agua en proporción

de 2 a 1, de la utilización de nieve como refrigerante, de la diversidad de vinos que se servían según los manjares o los destinados a usos medicinales, como reconfortantes, reconstituyentes o embrocación etc.

A este pequeño esbozo se unen los abundantes hallazgos arqueológicos de útiles destinados al laboreo del vino, prensas para su obtención, tinajas y ánforas para su envasado y transporte etc. muchos de los cuales son semejantes a los actuales como se puede ver en el museo de Villafranca del Panadés.

En conclusión, fue el vino causa de trascendentales transformaciones en todos estos órdenes, colaborando con griegos y romanos en la tarea de civilizar a los pueblos continentales de la Europa Antigua.

[Este artículo de D. Domingo es una muestra de su erudición y penetración arqueológica: destaca no solamente cómo una economía rural se dinamiza gracias a lo que hoy se llama un sector-punta sino también sus decisivas repercusiones sociales y culturales. L.S.G. 2017]

[En 1995 se publicó en Jerez de la Frontera un coloquio sobre *Arqueología del vino. Los orígenes del vino en Occidente*, con un interesante artículo de Carlos Gómez Bellard y Pierre Guerín: “Los lagares del Alt de Benimaquia (Denia): en los inicios del vino ibérico” en que se relataban las excavaciones en este lugar de 1989 a 1993, el cual cuenta con una superficie de 0’5 hectáreas, protegida por una muralla de seis torres situada en el Montgó con excelente visión sobre el mar. Aparte del mobiliario de un lugar doméstico, se excavaron cuatro estructuras particulares que se cree son presas de vino. Se hallaron un gran número de ánforas y miles de semillas de restos de uva que reafirman la idea de que fue un sitio para la producción de vino datado hacia el s. VI a.C.. Había gran número de material importado exclusivamente fenicio pero no se duda que el lugar era un asentamiento indígena que puede ser relacionado con la consolidación de un liderazgo en los principios de la cultura ibérica, en las rutas establecidas por las colonias fenicias. L.S.G. 2012]

Hemos visto como en diversas partes defendía Fletcher la identidad del pueblo ibero, esto era porque en los años 40 una serie de prestigiosos historiadores sostuvieron que no hubo un pueblo ibérico, sino que estas gentes eran celtas influidos por las corrientes civilizadoras del Mediterráneo: púnicos, griegos y romanos. Frente a esta concepción Don Domingo publica en los *Anales del Centro de Cultura Valenciana de 1949 un artículo: “Defensa del iberismo”, y en el VI Congreso Arqueológico del Sudeste Español (Alcoy, 1950) el de “¿Existieron los iberos?”*. Este último no es sino el primero aligerado de las

notas. Como Don Domingo, excepto en alguna traducción al alemán nunca repitió un trabajo puede suponerse que aprovechó la “plataforma” que le brindaba la difusión de las crónicas de estos congresos para dar a conocer con mayor publicidad sus puntos de vista. En estos dos artículos recopila una serie de fuentes antiguas y muy antiguas desde el s. V a. C. en que los geógrafos clásicos identifican sin ningún género de dudas una etnia íbera distinta de los celtas.

También es interesante el artículo que, para el IV CASE, escribió Don Domingo sobre fuentes clásicas atribuibles a los iberos del Sur de Francia, publicado en 1949. Fue esta presencia ibérica en el S. de Francia una de las hipótesis más queridas por D. Domingo, corroborada por la epigrafía ibérica, que se extiende por el Rosellón hasta el Hérault, aunque según las fuentes citadas por Don Domingo, y que él creía fielmente, se extendieron en época remota hasta el Ródano. Fletcher insistirá en estas fuentes y en el estudio de los yacimientos en *Problemas de la Cultura Ibérica* (Valencia, 1960). No obstante muchos investigadores, especialmente extranjeros, atribuyen la presencia ibérica en el SE. de Francia a comerciantes. Nosotros creemos, con Don Domingo, que la presencia ibérica en estas tierras es autóctona.